

## Solos

Si hay una tarea complicada para el ser humano es repartir la riqueza. Cuestión que supone toda una fuente inagotable de conflictos. No pocas disputas y hasta tragedias provoca cualquier herencia por mísera que ésta sea.

Para el gobierno de cualquier nación, es la patata caliente. Generalmente más preocupados por mantenerse en el poder que en procurar que lo bueno llegue a la sociedad, no dan con la fórmula mágica que a todos contente (tampoco suele interesarles mucho encontrar dicha fórmula).

Pero he aquí algo más difícil todavía, algo que a la hora de ser distribuido provoca que nadie alce la mano en su reclamo, que todos miren hacia otro lado. Nadie quiere que le toque y todos agachan la cabeza como niños en el aula cuando el profesor va a preguntar la lección.

Es curioso porque, de esto que hablo, hay para todos, tocamos a mucho y no queremos ni un poquito siquiera; cuanto más lejos, mejor.

Una sola palabra que al pensarla un escalofrío nos recorre la espalda. La palabra maldita es: pobre. Así, en minúsculas, cortita, sencilla, solo cinco letras, discreta y humilde ella. Pero con un significado tan grande, tan inmenso, que da miedo.

Muchos pobres tiene el mundo, demasiados. Siempre los ha habido, pero en Europa, en el Viejo continente, pareciera que hubiésemos acabado de descubrirlos. Debe

ser porque ya no nos resulta tan fácil ignorarlos como veníamos haciendo.

Ningún reparo en provocar y/o consentir guerras en según qué países (no en todos interesa por igual, curioso esto). Y menos vergüenza aún de aprovecharnos de la riqueza de sus suelos y de su mano de obra barata. Para esto no hay cuota máxima.

Tampoco recuerdo debates públicos sobre cuántas armas vamos a vender o cómo repartiremos las ganancias de los expolios cometidos.

Sin embargo, ahora tenemos un problema sobre la mesa que nos angustia y no sabemos cómo resolver: los pobres vienen. Sí, sí, salen del círculo de tiza que les habíamos marcado y vienen hacia aquí. ¡Qué barbaridad! ¿Qué podemos hacer? Esto no estaba previsto.

Y es que ni siquiera los muchos que perecen en el intento disuaden al resto. ¿Cómo es posible que en nuestros manuales de uso de las masas no estuviese contemplado este supuesto?

La culpa será de la Internet, que llega a todas partes y han debido tener conocimiento de eso de los Derechos Humanos y ahora, claro, se creen humanos y con derechos. Es lo que pasa por dejar que unos cuantos hayan aprendido a leer.

Además, un buen porcentaje de la población civil europea, se ha puesto de parte de ellos y no queda más remedio que hacer como que vamos a ser buenos, piadosos y solidarios (al menos durante un tiempo).

Aquí andamos, como en una subasta, a ver quién se queda con cuánto. Ya tenemos nuestros propios pobres, es lo que nos faltaba.

Andan recelosos nuestros pobres de los otros, porque "si yo soy ciudadano de aquí y me han echado de mi casa y no tengo para dar de comer a mis hijos, ¿cómo me van a explicar que tú, que eres extranjero y vienes sin nada y tampoco tienes para dar de comer a tus hijos, vas a recibir un amparo que a mí se me niega?"

Esto es lo absolutamente perverso: se desata una guerra de pobres, se emponzoñan aquí y allá los corazones de unos y otros. Todos sufren por el reparto de la miseria y muchos caen en la trampa. La diabólica trampa de creer que tienen patria, que alguien les ayudará a salir adelante, que tienen derecho a algo, cuando la realidad, la cruda realidad es que los pobres del mundo no tienen ni siquiera eso, ni una patria en la que sentirse alguien, persona. Porque a nadie importan, ni aquí, ni ahí, ni allá, sean de donde sean, los pobres están solos. Son tantos que están solos, sin identidad, sin techo, sin suelo, sin lugar en el mundo. Solo son eso: pobres.

Qué más da si mueres de una epidemia, en una guerra, por drogas, hambre o sed; al final resulta que de lo que te mueres es de pobre, de desamor, de soledad, porque nadie te quiere... porque eres pobre.

Josefa Vega Maciá

-Desde Elche, (Alicante), España.